

Imágenes y representaciones histórico-literarias de Buenos Aires: la ciudad en Domingo Faustino Sarmiento, Lucio Vicente López, Manuel Gálvez, Jorge Luis Borges y Ezequiel Martínez Estrada

Santiago Javier Sánchez¹

Resumen: *En el presente trabajo analizaremos una serie de textos clásicos de la literatura argentina en los que la ciudad de Buenos Aires aparece como objeto de inspiración y de reflexión: “Facundo” (1845) y “Argirópolis” (1850), de Domingo Faustino Sarmiento, “La gran aldea” (1884), de Lucio Vicente López, “El diario de Gabriel Quiroga” (1910), de Manuel Gálvez, “Evaristo Carriego” (1930), de Jorge Luis Borges y “Radiografía de la pampa” (1933), de Ezequiel Martínez Estrada.*

Palabras clave: *Buenos Aires – literatura – representaciones – ciudad real – ciudad imaginaria*

Abstract: *In this article we will analyse a series of classical texts belonging to Argentine literature and where Buenos Aires city is their source of inspiration and reflection: ‘Facundo’ (1845) and ‘Argirópolis’ (1850), by Domingo Faustino Sarmiento, ‘La gran aldea’ (1884), by Lucio Vicente López, ‘El diario de Gabriel*

¹ Doctor en Ciencia Política – Licenciado y Profesor en Historia (Universidad Nacional de Rosario, Argentina) – Estudiante Doctorado en Literatura Hispánica (Université de Montréal, Canadá)
santiago.javier.sanchez @umontreal.ca

Quiroga' (1910), by Manuel Gálvez, 'Evaristo Carriego' (1930), by Jorge Luis Borges and 'Radiografía de la pampa' (1933), by Ezequiel Martínez Estrada.

Key words: Buenos Aires – literature – representations – real city – imaginary city

Introducción

Partiendo de la base de que la literatura constituye un reservorio de imágenes y la ilustración metafórica de un pensamiento político, procuraremos aprehender el concepto de ciudad capital soñado y representado por una serie de autores hoy considerados clásicos de la literatura argentina, a saber: Domingo Faustino Sarmiento, Lucio Vicente López, Manuel Gálvez, Jorge Luis Borges y Ezequiel Martínez Estrada. Siguiendo esta lógica, prestaremos especial atención al plano y al paisaje urbanos por ellos concebidos, para luego parangonarlos con la ciudad concreta, objetiva.

Es nuestra primera y abarcadora hipótesis de trabajo que habría habido, a lo largo de la historia urbana porteña, una tensión constante entre las imágenes de la ciudad tradicional y de la ciudad moderna, por un lado, y la ciudad real, concreta, que se iba construyendo día a día, por el otro. En cuanto a nuestra segunda hipótesis, consideramos que la coincidencia entre ciudad tradicional y ciudad real, o entre ciudad moderna y ciudad real, nunca fue completa, sino parcial e imperfecta.

Nuestro objetivo, entonces, consistirá no sólo en comparar el proyecto utópico de *Argirópolis*, la visión nostálgica de *La gran aldea*, la posición "antiporteña" y nacionalista de *El diario de Gabriel Quiroga*, o el rescate poético

del suburbio en *Evaristo Carriego* y en *Radiografía de la pampa* sino que, al mismo tiempo, daremos cuenta de dos representaciones discordantes, la de la ciudad del futuro y la de la ciudad del pasado, ambas en diálogo permanente con la “verdadera” Buenos Aires, aquella que emergía a lo largo de sus nuevas avenidas, edificios fastuosos y monumentos, o aquella que se negaba a desaparecer, recluida en sus casonas coloniales aún no demolidas y convertidas en conventillos, o que se desordenaba, de manera inquietante, en sus “orillas” urbanas.

Argirópolis, capital utópica

Uno de los primeros escritores argentinos en abordar la temática urbana fue Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). En su obra más conocida, *Facundo. Civilización y barbarie*, de 1845, las ciudades argentinas (que son además las capitales provinciales) son definidas en relación directa con el medio geográfico predominante en el país, esto es, con la llanura pampeana. Oasis de civilización europea en un vasto desierto en el que los gauchos, la ganadería y la soledad reinan sin tasas, las ciudades luchan, en la visión sarmientina, por sobrevivir. El desierto que las circunda las ahoga y las invade, a tal punto que campaña y urbe suelen confundirse, sin poder diferenciarse la una de la otra:

“La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola sin cuidados menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia, las cerca, las oprime, la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización

enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración” (Sarmiento, 2008, 66).

El país que describe Sarmiento es una inmensidad despoblada, en la que los lazos sociales se difuminan, faltos de una estructura material y política que los sostenga. En la pampa monótona, siempre idéntica a sí misma, desmesurada metáfora de la nada, no hay ferrocarriles ni caminos, sino apenas huellas marcadas por el paso de las carretas, las vías navegables son sólo tres (los ríos de la Plata, Uruguay y Paraná) y apenas si son utilizadas, la agricultura es casi inexistente y la escasa población, mayormente india y mestiza, carece de los hábitos de trabajo presentes en otras sociedades más avanzadas, léase la norteamericana y las europeas. El hombre de la ciudad argentina, detentador de una cultura libresca sin aplicación práctica, es el representante de una modernidad disminuida frente a un medio hostil y salvaje. Dos sociedades antagónicas, incompatibles entre sí, tienen asiento en el campo y en la ciudad: “Saliendo del recinto de la ciudad todo cambia de aspecto: el hombre del campo lleva otro traje, que llamaré americano por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas: parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro” (Sarmiento, 2008, 66).

Aunque los límites entre ciudad y campaña no son exactos, sino más bien difusos, y en ocasiones “el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles” existe un denominador común que caracteriza, sin excepciones, a todos los centros poblados de la Argentina: su situación de virtual insularidad. Al interior de cada uno de estos oasis o islas la pampa, sin embargo, sigue rigiendo:

“Las ciudades argentinas tienen la fisonomía regular de casi todas las ciudades americanas: sus calles cortadas en ángulos rectos, su población diseminada en una ancha superficie, si se exceptúa a Córdoba, que edificada en corto y limitado recinto, tiene todas las apariencias de una ciudad europea, a que dan mayor realce la multitud de torres y cúpulas de sus numerosos y magníficos templos” (Sarmiento, 2008, 65-66).

Las ciudades argentinas, como todas aquellas fundadas por los conquistadores españoles en suelo americano, han sido diseñadas sobre la base de la cuadrícula. Sus calles rectilíneas se cortan invariablemente en ángulos de noventa grados, delimitando manzanas de lados iguales, cuadrados perfectos que se repiten con matemática regularidad. A diferencia de las vetustas urbes europeas, producto de los azares históricos, con sus poblaciones densas apiñadas en territorios reducidos y domesticados, en los que las calles y las viviendas han ido brotando de manera desordenada (y de ahí su entramado laberíntico) las ciudades de la América española han nacido conforme a un plan. Organizadas en torno a una central Plaza de Armas, frente a la cual se levantan los infaltables cabildo e iglesia, han sido desde el vamos el producto de la razón operando sin obstáculos en un territorio “vacío” (o vaciado) y por ende “virgen”².

En la pampa, el espacio es inconmensurable, y por eso las habitaciones humanas tienden a dispersarse, entremezclándose con la naturaleza, asimilándose a ella. Es ésta la situación general de trece de las catorce capitales provinciales argentinas: sólo Córdoba, destaca Sarmiento, se aleja de esta matriz

² Para la cuestión de la ciudad latinoamericana como fruto y asiento de la razón y de la cultura, ver el texto ya clásico de Ángel Rama (2004, 1ª edición de 1984).

americana y se acerca a la europea. Lo notable del caso es que, al concentrarse sobre sí misma, al adquirir una arquitectura más compacta y sofisticada (con su profusión de cúpulas y de torres) Córdoba pareciera realzar aún más su carácter insular. Es que, huelga decirlo, la pampa que la rodea, y en la que viven ciento cuarenta mil de los ciento sesenta mil habitantes de la provincia homónima (los otros veinte mil residen en la abigarrada capital) puede ser equiparada con un océano: “[...] al sur triunfa la Pampa, y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable: es la imagen del mar en la tierra; la tierra como el mapa [...]” (Sarmiento, 2008, 57)

Este gigantesco mar de tierra, tan difícil y lento de atravesar, cuenta sin embargo con dos grandes ríos que corren de norte a sur, el Paraná y el Uruguay, los cuales al confluir dan nacimiento a otro más ancho e imponente, el epónimo Río de la Plata, que se vuelca a su vez en el océano Atlántico. Sarmiento no deja de ponderar la potencialidad naviera, comercial y civilizadora de este sistema fluvial tripartito, muy pobremente usufructuado a mediados del siglo XIX. En los dos márgenes del Plata, en tanto, sólo dos puertos, con sus ciudades anexas, constituyen la única conexión con el resto del mundo: Buenos Aires y Montevideo.

El *Facundo* puede ser definido como un texto múltiple, perteneciente a varios géneros simultáneos: ensayo filosófico, histórico, geográfico, sociológico y antropológico, artículo periodístico, texto poético en prosa y también, panfleto político. Su discurso vehemente tiene un destinatario bien identificado: el poderoso Juan Manuel de Rosas, gobernador de la provincia de Buenos Aires y

encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina. Cinco años más tarde, en 1850, el “tirano” apostrofado por Sarmiento desde la prensa de su exilio chileno sigue ejerciendo su dictadura y *Argirópolis o la capital de los estados confederados del Río de la Plata* es el nuevo panfleto que lo tiene como destinatario parcial, y ya no exclusivo. La moderación campea en este texto. Sarmiento ya no ataca a Rosas, a quien no menciona ni una sola vez, y al cual sólo alude eufemísticamente como el “señor encargado de las relaciones exteriores”.

A los fines de nuestro trabajo, no nos interesa destacar el tema dominante de *Argirópolis*: la propuesta de revocación de los poderes diplomáticos de Rosas y el llamado a un congreso general constituyente que dote de una carta constitucional y de un gobierno central a la desmembrada Confederación Argentina. En la agenda política de *Argirópolis* figura, no obstante ello, un tema prioritario que sí nos compete: la cuestión capital.

La ciudad de Buenos Aires no es aún, en 1850, la capital argentina, ya que no existe por entonces una autoridad centralizada. Pese a su indiscutible superioridad demográfica y económica, Buenos Aires no pasa de ser una capital provincial más. La propuesta sarmientina al respecto no puede ser más revolucionaria y, para muchos contemporáneos, disparatada: fundar una capital *ad hoc*, la cual se llamaría “Argirópolis”. La misma habría de levantarse en la rocosa isla de Martín García, de apenas 189 hectáreas de extensión y situada a mitad de camino entre los puertos rivales de Montevideo y de Buenos Aires, en el Río de la Plata, a poca distancia de las desembocaduras del Uruguay y del Paraná.

Etimológicamente, *Argirópolis* hace mención al nombre clásico, fundacional, del Río de la Plata y de la Argentina. Al mismo tiempo, evoca proyectos utópicos de la Antigüedad, como la Heliópolis o Civitas Solis, de Tommaso Campanella. Cabe destacar que la idea de una isla feliz, retomada por Sarmiento, constituye un rasgo recurrente de la literatura utópica. En ese sentido *Argirópolis* puede ser definida como una utopía más, y no como un mito, ya que, siguiendo la concepción de Georges Sorel se trata del fruto de un trabajo intelectual, deliberado, y ofrece fuertes analogías con el mundo real (Ferrari, 8).

En el momento en que Sarmiento escribe *Argirópolis* Martín García está ocupada por las tropas francesas. El conflicto militar entre Francia, Gran Bretaña, la Confederación Argentina y la República Oriental del Uruguay no ha sido resuelto aún, y la Confederación no reconoce la soberanía del Uruguay ni tampoco la del Paraguay. Hasta la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) Sarmiento se declara partidario de la unión de las tres naciones rioplatenses en una entidad política superior, los “Estados Unidos de la América del Sur”. El reciente viaje a los otros Estados Unidos, los del norte, ha influido profundamente el pensamiento sarmientino. *Argirópolis* es la capital proyectada por Sarmiento: al igual que Washington, será no sólo el asiento de las autoridades federales, sino además una ciudad enteramente planificada, sin antecedentes urbanísticos ni históricos previos, y por lo tanto construida sobre un terreno virgen.

Sarmiento enumera y explica las ventajas de esta capital utópica, producto mixto de la razón y de la ensoñación romántica. En primer lugar, el caso análogo

de Washington oficialía de aliciente: los Estados Unidos del Sur serían el espejo de los del norte. Por otra parte, el carácter insular de Martín García la desligaría de la influencia de las provincias litoraleñas (esto es, de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes) como así también del Uruguay y del Paraguay. Todos estos estados podrían poseer equitativamente el pequeño territorio, cuya ubicación estratégica, como llave de los ríos y como fortaleza inexpugnable, alentaría además el florecimiento de un nuevo centro comercial y poblacional. Fácilmente, según cree Sarmiento, Martín García se convertiría en centro neurálgico de la flamante Unión, y serviría también como aduana general de la misma. Al mismo tiempo, el desarrollo de Argirópolis aseguraría el equilibrio entre Montevideo y Buenos Aires, evitando ulteriores guerras entrabas. Incluso el hecho de que la isla se encuentre en poder de Francia, favorecería las negociaciones de paz con esta potencia, cuyo gobierno ya había declarado que esta ocupación era temporaria. La guerra tocaría así a su fin y la paz, tan largamente anhelada, sería viable (Sarmiento 1968, 49-50).

La estrechez de Martín García no supone un obstáculo para Sarmiento sino, muy por el contrario, una preciosa ventaja, ya que permitiría superar la pesada herencia colonial representada, en el plano urbano, por la cuadrícula y por el exceso de espacio. Para fortalecer su argumento, Sarmiento no duda en recurrir al ejemplo de las ciudades del Viejo Mundo, fruto notable de la lucha del hombre contra una geografía mezquina:

“¿No se presta la superficie de Martín García a contener una ciudad? ¡Cómo! ¿Génova, la ciudad de los palacios, no pudo llegar a ser ella sola una de las

más poderosas repúblicas de Italia? ¿No están sus templos y edificios derramados sobre el declive rápido de una montaña, no habiendo en toda la ciudad sino dos calles, a lo largo de la angosta franja de tierra que a fuerza de arte han arrebatado a las olas del mar? ¿La célebre Venecia, fundada sobre estacas en el seno de las lagunas, no fue apellidada la reina del Adriático y sus habitantes no tuvieron por largos siglos el destino del mundo en sus manos?” (Sarmiento 1968, 82)

Es la tradición europea más prestigiosa la que auxilia los postulados urbanísticos de Sarmiento. Si las circunstancias del medio son muy diferentes en América, entonces habría que producir, de manera artificial, una situación análoga a la que en Europa tuvo lugar de manera espontánea. Si, en principio, todas las ventajas naturales están del lado de las urbes americanas, la visión sarmientina las pone en cuestión, al señalar que las mismas habrían acabado por resultar contraproducentes. En verdad, serían las dificultades del medio geográfico las que habrían acicateado el espíritu emprendedor de genoveses y venecianos, llevándolos a la grandeza, la misma que a los americanos del sur se les niega. Sarmiento, entonces, se declara contrario al despilfarro del terreno, puesto que el mismo predispondría a la pereza y a la barbarie más improductivas:

“La América española se distingue por la superficie desmesurada que ocupan sus ciudades apenas pobladas, y el hábito de ver diseminarse los edificios de un solo piso en las llanuras, nos predispone a hallar estrecho el espacio en que en Europa están reunidos doscientos mil habitantes. De este despilfarro de terreno viene que ninguna ciudad española en América pueda ser iluminada por el gas ni servida de agua, porque el costo excesivo de los caños que deben

distribuir una u otra no encuentran cincuenta mil habitantes en una cuadra. Por otra parte, es un hecho conquistado que la grandeza de los pueblos ha estado siempre en proporción de las dificultades que han tenido que vencer. Los climas fríos engendran hombres industriosos, las costas tempestuosas crían marinos osados. Venecia fue libre y grande por sus lagunas, como Nápoles fue siempre presa de los conquistadores por sus llanuras risueñas. Nuestra pampa nos hace indolentes, el alimento fácil del pastoreo nos retiene en la nulidad” (Sarmiento 1968: 82-83).

Pero la propuesta sarmientina no se limita a una cuestión práctica: reducir costos y servicios maximizando el espacio urbano, sino que nos sugiere mucho más. Para Sarmiento, el medio natural ejerce una gravitación enorme, es de un determinismo insoslayable. El hombre es, para él, un producto directo del suelo y del clima. Sin embargo, la acción humana puede también corregir este determinismo implacable. Argirópolis sería así una ciudad europea y norteamericana trasplantada a un territorio sudamericano insular, y por ende libre de toda “contaminación” proveniente de un continente salvaje. Al mismo tiempo, la peculiaridad geológica de Martín García (que no es una isla aluvional sino un afloramiento granítico muy antiguo) favorecería el proyecto, lo dotaría de un basamento sólido, en un sentido bien concreto. En este caso, la geografía se revelaría propicia. El mismo suelo accidentado y rocoso permitiría superar la chatura de la pampa argentina:

“La calidad montañosa del terreno hace de esta circunstancia una ventaja. Los accidentes del terreno rompen la monotonía del paisaje, los puntos elevados

prestan su apoyo a las fortificaciones. Una plataforma culminante servirá de base al congreso de la Unión. La piedra de las excavaciones de Martín García sirve de pavimento a las calles de Buenos Aires, y no hay gloria sin granito que la perpetúe. Argirópolis (la ciudad del Plata) nacería rica de elementos de construcción duradera: los ríos sus tributarios, le traerán a sus puertas las maderas de toda la América central” (Sarmiento 1968: 84-85).

Durante el siglo XIX la isla Martín García sirvió de cantera a Buenos Aires, proveyéndola de adoquines para sus calles y de piedras para su edificación monumental. Es curioso constatar cómo, en un aspecto meramente material y ya no metafórico, la capital utópica ayudó a forjar la grandeza de la capital real. Es por ello que la idea de Sarmiento navega entre el sueño y la realidad, puesto que su elección para Argirópolis es la de un sitio en el que los materiales de fabricación abundan, son de excelente calidad y provienen de la misma naturaleza. En cambio, la pampa, en sí misma, sólo puede proveer (y así lo señala explícitamente Sarmiento) barro y paja para edificar más ranchos. No obstante ello (y consideramos pertinente insistir en este punto) Argirópolis sería también una obra por entero humana, hija de la inteligencia más fértil.

Parejamente, Argirópolis sería una escuela promotora de hábitos de civilización, los cuales permitirían dejar atrás la situación de atraso:

“A nadie se ocultan los defectos que nos ha inculcado el género de vida llevado en el continente, el rancho, el caballo, el ganado, la falta de utensilios, como la facilidad de suplirlos por medios atrasados. ¡Qué cambio en las ideas y en las costumbres! ¡Si en lugar de caballos fuese necesario botes para pasearse los

jóvenes; si en vez de domar potros, el pueblo tuviese allí que someter con el remo olas alborotadas; si en lugar de paja y tierra para improvisar una cabaña, se viese obligado a cortar a escuadra el granito! El pueblo, educado en esta escuela, sería una pepinera de navegantes intrépidos, de industriales laboriosos, de hombres desenvueltos y familiarizados con todos los usos y medios de acción que hacen a los norteamericanos tan superiores a los pueblos de la América del Sud” (Sarmiento 1968: 89).

Es éste el poder transformador de la utopía que Sarmiento subraya y defiende. Tal concepción no desaparecerá de sus escritos ni de su acción política, en los años posteriores a 1850, y se verá expresada en su actitud frente a las grandes transformaciones urbanísticas y edilicias sufridas por Buenos Aires. Justamente es el carácter aún colonial de esta ciudad, patentizado en su plano de damero, sus calles angostas y su extensión desmesura y llana (íntimamente ligada a la pampa aún sin domar) el que Sarmiento procurará corregir. Para él, existe una relación estrecha entre ciudad nueva y sociedad nueva o entre ciudad tradicional y sociedad tradicional. Según el razonamiento sarmientino, es menester construir una nueva ciudad para que nazca una nueva sociedad, superior a la anterior, en tanto que el mantenimiento del plano español acarrearía consigo la anacrónica supervivencia de la sociedad de la Colonia.

Como veremos más adelante, es el proyecto de parque en Palermo, en las afueras de Buenos Aires, donde Sarmiento prolongará sus esfuerzos utópicos. Este parque suburbano será la nueva Argirópolis porteña, un espacio privilegiado

en el que la naturaleza salvaje se humanizará, y la pampa será finalmente doblegada, al menos oficialmente.

Buenos Aires, capital real

Los orígenes de la ciudad de Buenos Aires se remontan a 1536, año en que fue fundada por Pedro de Mendoza. Abandonada por sus primeros pobladores españoles en 1541, a causa de los ataques indígenas, fue refundada por Juan de Garay en 1580. Durante la mayor parte del período colonial, no pasó de ser una aldea pobre y periférica, cuya actividad principal era el contrabando. Hasta 1776 formó parte del Virreinato del Perú. Ese año, se convirtió en capital del recién creado Virreinato del Río de la Plata, que comprendía los territorios actuales de la Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y norte de Chile. A partir de ese momento principió un rápido desarrollo comercial y demográfico. En 1810, en ocasión de la revolución contra los españoles, se convirtió en capital de las flamantes Provincias Unidas del Río de la Plata. Por entonces, su población sumaba cincuenta mil almas. Siendo el único puerto de ultramar de la región (a excepción de Montevideo) y gozando del monopolio de su aduana, de donde provenía la mayor parte de sus ingresos, Buenos Aires acentuó, durante el siglo XIX, su desarrollo privilegiado y sus ventajas en relación al llamado “Interior” del país. En 1820 cayó el gobierno central de las Provincias Unidas y hubo que esperar hasta 1861 (a excepción del corto período 1826-1827) para que Buenos Aires volviese a ser capital, siquiera provisional, de la nueva entidad política denominada “República Argentina”.

En 1880 la facción política de los “conciliados” porteños -que se resistían a la capitalización de la ciudad y a la nacionalización de su aduana- se alzaron contra el gobierno central. Tras ser derrotados por las tropas nacionales hubieron de resignarse a la federalización forzada de Buenos Aires. Desde entonces, el intendente porteño fue designado por el presidente de la República y la provincia homónima quedó amputada, ya que perdió su capital. Ésta fue suplantada por La Plata, ciudad fundada en 1882 y situada a unos cincuenta kilómetros de Buenos Aires. Ésta sería la nueva capital provincial y, del mismo modo que Argirópolis en el papel, se trató de una urbe planificada desde la nada y diseñada *ad hoc* para ejercer sus funciones políticas y administrativas.

Durante la intendencia de Torcuato de Alvear (1883-1888) la ciudad de Buenos Aires comenzó a adquirir una impronta europea de la que hasta entonces había carecido. Al igual que otros colegas suyos en otras capitales latinoamericanas Alvear impulsó una serie de reformas urbanísticas de inspiración “haussmaniana”, es decir que emularon las grandes transformaciones impulsadas por el Barón de Haussmann en el París del II Imperio, léase demolición de antiguas construcciones, apertura de anchas avenidas y de diagonales, creación de parques y plazas, erección de monumentos y espacios cívico-ceremoniales. En el caso de Buenos Aires estas reformas coincidieron con un espectacular crecimiento demográfico, producto de la inmigración europea masiva, y con una prosperidad creciente.

Buenos Aires fue así transformada para encarnar y simbolizar, como otras capitales, los logros y las aspiraciones de las grandes naciones occidentales

(Gutman 2005: 138). Fue así que vio la luz el primer tramo de la Avenida de Mayo (así bautizada en honor a la Revolución de Mayo de 1810), que en pocos años se pobló de hoteles, restaurantes y cafés de ostentosa arquitectura europea. Paralelamente, era demolida la vieja estructura de la Recova, que hasta entonces había dividido en dos plazas (25 de mayo y de la Victoria) a la tradicional Plaza de Armas. El renovado espacio pasó a denominarse “Plaza de Mayo” y en poco tiempo perdió su fisonomía colonial, esto es, su superficie embarrada, cruzada de carretas y ocasionales peatones, para adquirir un doble aspecto de paseo público, con sus senderos, jardines, arbolado, faroles y bancos, y de amplio espacio cívico-ceremonial. Para reforzar este último aspecto su Pirámide de Mayo, austero monumento erigido por el gobierno revolucionario de 1810, fue también remodelada. Andando el tiempo la Plaza de Mayo sería el escenario privilegiado de ceremonias patrióticas y de mítines políticos oficiales. Frente a la misma, el viejo Cabildo español sería parcialmente demolido, para permitir la apertura de la Avenida de Mayo.

La tendencia general de estos años en materia arquitectónica es clara: borrar los últimos vestigios de la ciudad colonial y reemplazarlos por una nueva e imponente edificación de inspiración europea. En ese sentido, la división que, a partir de Alvear, se da entre el sur tradicional y pobre de la ciudad, por un lado, y el nuevo y elegante norte, en donde los burgueses comienzan a edificar sus mansiones, por el otro, resulta sintomática.

Es que la reciclada Buenos Aires pretendía superar su antiguo localismo para devenir la obra de la Nación entera. Durante estos años la imagen de la

Nación se identifica gradualmente con la de Buenos Aires. Esta tendencia sería definida, en 1933, como “nacionalismo municipal” por Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964). Las catorce provincias históricas y los diez territorios nacionales no serían entonces más que la mera prolongación de la capital, una suerte de conurbano gigantesco: “Desde entonces, ningún gobernante consideró la República más que como a una gran ciudad de casi tres millones de kilómetros cuadrados, con catorce terrenos baldíos y con diez manzanas de circunvalación desiertas” (Martínez Estrada: 229).

He aquí entonces el drama argentino, la falta de resolución (o la superación ilusoria) del secular conflicto entre Buenos Aires y el Interior. En palabras de Martínez Estrada, la “desproporcionada grandeza” de Buenos Aires está en relación directa con la “desproporcionada pequeñez de lo otro” (Martínez Estrada: 227-228). Esta tendencia fatal no hizo más que agravarse con la inmigración, que en su mayor parte permaneció en la gran capital, y con el crecimiento económico, que permitió a su vez las grandes obras urbanas y edificaciones.

Según Adrián Gorelik, la política de Alvear, “materializa la conversión de la ciudad en el corazón de la nación” (Gorelik: 5). Es por ello que el centro tradicional porteño es el que más profundamente se modifica. En pocos años, las angostas calles coloniales se ven desbordadas por un tráfico intenso y por una multitud que se dedica a “flanear” y a exhibir sus riquezas recién adquiridas. En 1884, cuando este proceso ya se ha desatado, Lucio Vicente López publica su novela *La gran aldea*, en la que retrata, no sin cierta ironía, la portentosa

transformación de Buenos Aires, en apenas dos décadas: “En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires, en 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas, que perdía su tiempo en *flanear* en las calles, y el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Trevexo, ni la de los Berrotarán” (López: 89).

Pero la visión crítica de López va de la mano con la nostalgia y la elegía. Aquella Buenos Aires modesta, criolla, de hábitos austeros, había sido más pobre, es cierto, pero habría detentado una superioridad moral que la opulencia de la Buenos Aires de Alvear barrió para siempre. Es esta Buenos Aires, “gran aldea” de hábitos sencillos y campechanos la que López evoca y reivindica:

“No era entonces Buenos Aires lo que es ahora. La fisonomía de la calle Perú y la de la Victoria han cambiado mucho en los veintidós años transcurridos: el centro comenzaba en la calle de la Piedad y terminaba en la de Potosí, donde la vanguardia sur de las tiendas estaba representada por el establecimiento del señor Bolar, local de esquina, mostrador democrático al alba, cuando cocineras y patronas madrugadoras acudían al mercado, y burgués, si no aristocrático, entre las siete de la noche y el toque de ánimas [...] Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas aquellas! [...] ¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! ¡Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de

la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia!" (López: 46-47).

La marea inmigratoria, el progreso y el auge material habían convertido a Buenos Aires en una capital de aspecto europeo, no muy diferente, en su actividad comercial y en el *modus vivendi* de su burguesía, de otras grandes urbes occidentales. Ese tono propio, lugareño, que caracterizaba, según López, a las tiendas porteñas había sido sustituido por la hibridez de las tiendas "europeas", carentes de identidad y que nada tenían que ver con la idiosincrasia original criolla. Esta fría internacionalización de las costumbres comerciales se había impuesto, se lamenta López, por sobre los antiguos vínculos, más fraternales que económicos, que unían a tenderos y clientes.

El censo de 1904 arrojó para Buenos Aires una población de 950.891 habitantes, que seis años más tarde trepaba a 1.231.698 (Gorelik: 235). Este impresionante crecimiento hubo de ser, al menos en parte, planificado y regulado. La cuadrícula se extendió a unos suburbios que, en los planos oficiales de principios del siglo XX, mostraban ya todas sus manzanas y calles cuando, en la realidad, aún no existían plenamente. Buenos Aires nacía primero en los planos concebidos por sus urbanistas para luego, muy a posteriori, materializarse.

En vísperas del Centenario de la Revolución de Mayo, la ciudad sufrió una batería de reformas que la consolidaron como "símbolo privilegiado" de la Nación argentina (Gutman 2005: 138). En 1907 el francés Joseph Antoine Bouvard, Jefe de Trabajos Públicos de París, fue contratado por el gobierno municipal para realizar un estudio de la planta urbana porteña y planificar una serie de innovaciones.

Bouvard propuso la construcción de nuevas avenidas y diagonales que conectarían edificios y puntos importantes de la ciudad. También concibió la creación de nuevos espacios verdes, especialmente en el sur de Buenos Aires, en donde la población era de extracción más humilde. Las ideas de Bouvard fueron ejecutadas parcialmente.

La Avenida de Mayo fue completada y se convirtió en privilegiado eje de circulación, pasando a conectar la Plaza de Mayo con la recién creada Plaza del Congreso. En su mayor parte, los desfiles patrióticos del Centenario tuvieron lugar aquí. Por otra parte, se estableció otro eje de circulación sur-norte, por la tradicional y comercial calle Florida, pasando por la plaza San Martín, Recoleta y Palermo. De esta forma el centro quedó ligado al norte elegante, aquél que había empezado a adoptar su tono aristocrático durante la intendencia de Alvear.

La Plaza de Mayo se convirtió en punto de intersección de los dos circuitos selectos, y su carácter cívico-ceremonial se vio así reforzado. En cuanto al Cabildo, el mismo en donde los vecinos criollos habían depuesto al virrey, el 25 de mayo de 1810, había perdido por completo su fisonomía original al ser demolido parcialmente y al ser reformada su torre.

Como las otras capitales latinoamericanas, que también celebraban en aquel 1910 su primer siglo de vida independiente, Buenos Aires organizó una serie de exposiciones internacionales. La mayor parte de las mismas tuvieron lugar en el norte, en el parque de Palermo. Agricultura y Ganadería, Ferrocarriles y Transportes Urbanos, Industria, Higiene y Bellas Artes, fueron los nombres de

estas exposiciones, verdaderos bazares del progreso y del consumo, a la vez que grandes eventos públicos que pretendían divertir e instruir al mismo tiempo.

Las exposiciones estuvieron diseminadas en varios lugares y, a pesar de su carácter efímero, dejaron vestigios durables en la ciudad, a saber: la conexión, por medio de grandes avenidas, entre la zona céntrica y portuaria, por un lado, y los parques del norte, por el otro, la nueva parquización de Palermo, la ampliación y remodelación de la plaza San Martín y el puente sobre el arroyo Maldonado, entre otros.

El Centenario de 1910 trajo consigo, asimismo, la inauguración de gran cantidad de estatuas y monumentos, entronizados todos ellos en parques y plazas. Este culto a la memoria y a los héroes de la patria tuvo su correlato en una abundante producción iconográfica. Mientras los próceres de bronce orlaban los espacios públicos, confiriéndoles un tono pedagógico y ceremonial, se acuñaban miles de medallas y monedas con sus rostros, se producían en serie (y se comercializaban) sus retratos, se imprimían (también en grandes tiradas) álbumes fotográficos en los que la ciudad de Buenos Aires era orgullosamente mostrada, y se organizaban concursos públicos de pintura histórica. Varios de los cuadros premiados pasarían a ilustrar, en los años venideros, los manuales de historia escolar y a alimentar así el imaginario nacionalista de los nuevos argentinos.

Paralelamente, las colectividades de inmigrantes y las naciones amigas adherían a los festejos y dejaban su impronta en sus propios monumentos y espacios públicos. Así, fueron inauguradas las plazas Francia, Uruguay, Chile,

Alemania y España. Entre los monumentos más notables, se destaca el de Cristóbal Colón, impulsado por los italianos, el Monumento a los Españoles y la Torre de los Ingleses.

Pasado el fervor del Centenario las obras con él vinculadas siguieron su marcha. Se terminó así de construir, en 1914, el edificio del Congreso Nacional (de una arquitectura muy parecida a la del Capitolio estadounidense), se abrió la inmensa Avenida 9 de julio, y se ensancharon las viejas avenidas. En 1913, en tanto, se inauguraba la primera línea de trenes subterráneos entre las plazas de Mayo y Once.

De esta manera, Buenos Aires se modernizaba y engrandecía, suscitando la admiración de propios y extraños. Sin embargo, estas faraónicas reformas edilicias y urbanísticas tuvieron lugar, con preferencia, en las áreas más aristocráticas de la ciudad, esto es, en el centro histórico, junto al puerto, y en la zona norte. Las imágenes de la gran capital, reproducidas en los álbumes conmemorativos del Centenario y elogiosamente descritas por cronistas y viajeros extranjeros³ fueron, no obstante ello, cuestionadas por muchos intelectuales argentinos contemporáneos, en especial por aquellos que integraron la llamada “Generación del Centenario”. Veamos lo que escribe Manuel Gálvez (1882-1962), uno de los más conspicuos escritores del grupo:

“Buenos Aires produce una impresión penosa. La fealdad de su edificación sonora y multiforme, la carencia de perspectivas y la monotonía de sus calles rectas e iguales, revela, en nuestro espíritu colectivo, una falta absoluta de

³ El caso más conocido es el de Georges Clemenceau, quien en 1910 llegó a Buenos Aires como corresponsal y redactó una serie de artículos alusivos, luego reunidos en el libro *La Argentina del Centenario*.

sentimiento estético. Ciudad sin fisonomía propia, desdeñosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que la lleva a buscar la semejanza de Londres y de París, Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas” (Gálvez: 92).

Manuel Gálvez escribe estas líneas en 1910, en plena euforia del Centenario. *El diario de Gabriel Quiroga*, de donde hemos extraído esta cita, fue publicado ese mismo año (como tantos otros libros conmemorativos) y rezuma una ácida visión crítica. Los valores de la generación anterior, la de 1880, aquella que con su promoción ilimitada del progreso, del desarrollo material y de la inmigración había forjado la Argentina moderna, son puestos en cuestión por Gálvez. Desde un punto de vista estético, que es el que más nos interesa aquí, Buenos Aires es invalidada. Materialista y absurdamente europeizante, pletórica de riquezas y de arquitectura monumental, la “Atenas del Plata” carece sin embargo del bien máspreciado, aquel que Lucio Vicente López recordara nostálgicamente como un tesoro perdido para siempre: la poesía, traducida en emoción, en belleza, en la inspiración que el paisaje urbano podía brindar.

Veamos en cambio cómo Manuel Gálvez resalta el aspecto que aún detentaban las viejas capital del Interior, modestas y criollas, preservadas en su esencia original y libres de inmigrantes:

“Estas ciudades de provincia tan viejas y tan pobres atesoran encantos singulares. Para los seres sencillos que aman la placidez de la existencia y poseen el don precioso de vivir interiormente, nada más admirable que estos lugares

remotos y solitarios. Ellos propician las plenitudes del ensueño [...] Estas ciudades, por su personalidad y la poesía que en sí llevan, ofrecen vírgenes universos de materia prima a los escritores. Pero éstos las desconocen o las desprecian. La vida de aquellos poblachones misérrimos, piensan, carece de poesía y de emoción estética [...] Yo encuentro la poesía de estas ciudades desiertas, y silenciosas que parecen terminar en la montaña; en los senderos vagabundos de los arrabales donde por las noches ambulan perros misteriosos; en esas dolientes tardes de plaza en que la banda toca viejos aires de zarzuelas cursis [...] en esas dulces noches plateadas en que la luna rima su melancolía con el azahar de los naranjos... "(Gálvez: 144-146)

A continuación, Manuel Gálvez sigue enumerando situaciones, objetos y personas vinculados a las ciudades provincianas, y les confiere el mismo estatuto poético. Lo que Gálvez denuncia en Buenos Aires es la ausencia total de estética y de poesía. En una ciudad tan prosaica y fastuosa, tan deshumanizada, la maravilla y la ternura son inconcebibles. La artificialidad reina allí sin atenuantes: la literatura urbana no puede entonces florecer. Buenos Aires no puede contar con sus propios y genuinos escritores, no puede tener sus novelas, sus poemas, sus canciones, sus melodías. Es una ciudad sin pasado ni tradición, puesto que ha renunciado despreciativamente a ellos, y sus habitantes tampoco conforman una comunidad íntima, con sus propias historias y complicidades. En Buenos Aires no hay, se horroriza Gálvez, ni lunas ni montañas ni plazas melancólicas ni nada que se le parezca: la ensoñación está invalidada desde el inicio.

Sin embargo, en la misma época en que Manuel Gálvez denunciaba los males de la metrópoli, una cultura popular, de raíces suburbanas, criollas y extranjeras, comenzaba torpemente a urdir su propia mitología y sus propios símbolos visuales y poéticos.

Palermo de Buenos Aires

Por el hecho de estar construida sobre una llanura y de carecer de edificios altos la ciudad de Buenos Aires había vedado sistemáticamente a sus vecinos la posibilidad de ser contemplada a vuelo de pájaro. Esta circunstancia, sin embargo, comenzó a corregirse a principios del siglo XX, cuando los globos aerostáticos se hicieron presentes y cuando los fotógrafos comenzaron a fotografiar la ciudad desde lo alto de los nuevos techos, torres y terrazas (Gutman 1999: 230).

Lo que nos muestran estas fotografías es una ciudad de andamios y de albañiles, con edificios a medio hacer, una costa que se rellena y se aleja cada vez más del centro, un gradual aplanamiento de eminencias y barrancas, así como el entubado de los arroyos que cruzaban la pampa porteña, buscando el Río de la Plata, y que hasta entonces habían sido obstáculos naturales que limitaban tanto la expansión suburbana como las comunicaciones.

Sin embargo, el crecimiento de la capital argentina fue tan desmesurado que, aún con las nuevas herramientas tecnológicas no les fue dado a los habitantes de Buenos Aires contemplar de manera completa su ciudad. Para ello, fue menester hacer uso de los planos que, a despecho de su gráfica abstracta e

irreal, permitían, como señala Margarita Gutman, “recomponer en una sola imagen la extensión física de la ciudad” (Gutman 199: 232).

Hacia 1910 los planos muestran una Buenos Aires que es casi idéntica, en su cuadrícula extendida, a la Buenos Aires actual. Ya hemos aclarado, sin embargo, que muchas de las calles y manzanas allí dibujadas no existían todavía. En verdad, la supuesta planta urbana estaba ocupada de manera discontinua puesto que grandes espacios estaban aún vacíos y otros muy débilmente poblados.

Durante la segunda mitad del siglo XIX el crecimiento demográfico de Buenos Aires no implicó un aumento considerable de la superficie de la ciudad sino una congestión creciente del casco histórico. La penuria habitacional fue crónica y de allí la proliferación de los llamados “conventillos”, en los cuales familias enteras habitaban en una sola habitación y compartían los servicios sanitarios. Muchos de estos conventillos eran casonas coloniales abandonadas por sus solventes propietarios quienes, como hemos visto, se habían mudado al norte de la ciudad.

Al comienzo de la nueva centuria el centro comenzó a descongestionarse y los conventillos fueron desapareciendo. La mejora general de los salarios obreros, la expansión de las líneas de trenes y tranvías así como las facilidades de compra (en módicas mensualidades) de lotes y casas, permitieron a muchas familias concretar el sueño de la vivienda propia. De esta manera nació esa entidad moderna denominada “barrio”, que tanto daría que hablar a escritores y músicos

y que, de la mano del tango-canción y del fútbol profesional, se opondría noblemente a las luces del centro capitalino.

A continuación, pasaremos a analizar el caso de uno de estos barrios, que en el Centenario era aún pobre y suburbano, pese a los intentos progresistas de Sarmiento y de los sucesivos intendentes porteños. Nos referimos a Palermo, ubicado al norte, y que tomó el nombre del parque aledaño.

En 1930 Jorge Luis Borges publicó un pequeño libro titulado *Evaristo Carriego*. Se trata, en parte, de la biografía del poeta entrerriano de ese nombre, nacido en 1883 y fallecido prematuramente en 1912, a los veintinueve años de edad. La familia Carriego se había establecido en 1889 en Palermo, en donde también vivían los Borges. Carriego fue el primer poeta que retrató el suburbio porteño, con sus personajes populares (el organillero, el compadre, la costurera seducida y abandonada, la solterona, el ciego) y sus escenarios (la calle de tierra, la vereda, el farol, el cafetín, los patios, los bailes familiares).

Más allá de la vida y obra de Carriego, Borges toca otros tópicos más generales: el criollismo, la influencia cultural de la inmigración, los orígenes truculentos del tango y la brumosa historia de Palermo. La intención borgeana es clara: reivindicar la poesía y la leyenda de este suburbio, reconstruyendo una perdida época dorada, que es además la de su infancia y la de la juventud del poeta.

Para ello, remontarse a los orígenes mismos del barrio, cuando éste aún no existía como tal y era sólo campo abierto, resulta una operación ineludible. Borges explica entonces que, entre 1605 y 1614 vivió allí un tal Domenico, italiano

y propietario de un corral en los alrededores del arroyo Maldonado, quien al españolizar su identidad pasó a ser “Domínguez Palermo”. De allí el nombre con el que empezó a ser conocido el paraje (Borges: 15-16).

Sin embargo, Borges considera que el verdadero “fundador” de Palermo fue Juan Manuel de Rosas, quien fue propietario de esas tierras y quien en 1838 construyó allí su ostentosa residencia. Como el lugar abundaba en tierras bajas y arcillosas, el gobernador de Buenos Aires mandó rellenarlas con tierra negra transportada desde el pueblo de Belgrano, “hasta que el barro cimarrón de Palermo y la tierra ingrata se conformaron a su voluntad” (Borges: 17).

Hacia 1840, sigue relatando Borges, el suntuoso caserón ascendió a “sede mandona de la República, corte del dictador y palabra de maldición para los unitarios” (Borges: 17). Durante estos años se convirtió además en lugar de paseo de las familias acomodadas de la capital, quienes se trasladaban allí con sus carruajes. Los jardines y el arbolado que mandó plantar Rosas sirvieron de polo de atracción. En el mismo paraje, asimismo, estaban los Cuartos de Palermo, cuartel de soldados morenos que respondían a las órdenes del Restaurador⁴.

Cabe subrayar un rasgo recurrente en la historia de Palermo, que el propio Borges destaca: la voluntad de doblegar una naturaleza salvaje. El mismo Rosas no sólo construyó un imponente caserón, en plena soledad rural, y fertilizó un suelo huraño sino que además mandó construir una pequeña pileta de paredes de ladrillo en la que solía remar un bote y que fue el antecedente remoto del gran lago artificial y de los botes del Palermo moderno (Borges: 17).

⁴ Rosas era conocido oficialmente como el “Restaurador de las Leyes”.

Cuando en 1852 Rosas fue derrotado en la batalla de Caseros y se exilió en Inglaterra, sus tierras e inmuebles fueron confiscados. Domingo Faustino Sarmiento, boletínero del victorioso Ejército Grande, redactó el parte de batalla en el mismísimo escritorio del dictador. Fue el propio Sarmiento, además, quien concibió e impulsó el proyecto de Parque 3 de febrero (en alusión a la batalla de Caseros, que tuvo lugar el 3 de febrero de 1852), el cual fue inaugurado en 1875.

Borges menciona las pequeñas “fundaciones aisladas” que siguieron: la Penitenciaría (1877), el hospital Norte (1882) y el hospital Rivadavia (1887), hasta que en 1889 los Carriego compraron casa en el flamante suburbio (Borges: 19). Huelga decir que la instalación de estas instituciones “insalubres” en las afueras de las ciudades obedecía a la concepción higienista entonces en boga.

En cuanto a la antigua residencia rosista, fue sede, entre 1870 y 1892, del Colegio Militar de la Nación (creado en 1869, durante la presidencia de Sarmiento) para luego ser abandonada y padecer un lento deterioro. En 1899, durante la intendencia de Adolfo Bullrich, fue dinamitada y demolida por completo. Un año más tarde, se inauguraba en su lugar una polémica estatua de Sarmiento, realizada por el escultor francés Auguste Rodin.

Por aquel entonces, Palermo seguía estando “lejos”, casi en el campo, y todos los esfuerzos por civilizarlo resultaban vanos. La pampa seguía acechando, por más que a ésta, desde la época de Rosas y de Sarmiento, pretendía sobreimprimírsele una pátina de modernidad. Ciertamente, el proyecto sarmientino iba más allá de la plantación de árboles y jardines, de la delimitación de senderos pedestres, de la instalación de faroles y del adoquinado de las calles,

sino que apuntaba a la creación de un amplio espacio de educación y entretenimiento. Para ello el sanjuanino impulsó la creación de un Jardín Zoológico y de un Jardín Botánico, a los que se sumó el pabellón de la Sociedad Rural, que a partir de 1858 comenzó a organizar periódicamente exposiciones de ganadería y agricultura. Palermo debía convertirse, según Sarmiento, en un foco de progreso industrial y educativo para Buenos Aires y para el país, capaz de exorcizar el fantasma de Rosas, símbolo de la barbarie federal y pampeana⁵.

Pero este Palermo rural se resistía, su naturaleza seguía siendo arisca y era más fuerte que el artificioso Palermo urbano de Sarmiento y de los intendentes porteños. El Jardín Zoológico y el Jardín Botánico eran apenas islotes de pretendido orden, tímidos hitos de la modernidad en medio de un territorio aún primitivo, de fisonomía ruda y desaliñada. Veamos lo que escribe Borges al respecto:

“El Botánico, astillero silencioso de árboles, patria de todos los paseos de la capital, hacía esquina con la desmantelada plaza de tierra; no así el Jardín Zoológico, que se llamaba entonces *las fieras* y estaba más al norte. Ahora (olor a caramelo y a tigre) ocupa el lugar donde alborotaron hacía cien años los Cuartos de Palermo” (Borges: 21)

El siglo XIX federal y gaucho (como Rosas) seguía rigiendo en el alba del XX. Treinta años después, la situación, según lo que señala Ezequiel Martínez Estrada, no parece haber variado demasiado, aunque ya Palermo ostente todas las credenciales de un gran parque de estilo europeo. Es que para el autor

⁵ Rosas había sido federal y Sarmiento unitario. Estas dos grandes tendencias políticas dividieron a los argentinos durante buena parte del siglo XIX y contribuyeron a provocar las sangrientas guerras civiles que asolaron el país.

santafesino, el parque europeo es otra cosa muy diferente, “un paréntesis de árboles y pájaros a la monótona rigidez de la mampostería” (Martínez Estrada: 273), mientras que los espacios verdes porteños no consiguen despojarse de su condición pampeana, son un producto de la misma llanura sin amansar:

“Palermo, Parque Avellaneda y los demás, menores, son afloraciones urbanas de un interior indómito. La Exposición Rural toma posesión de Palermo, con sus conciertos municipales y sus certámenes de bovinos, con la misma tiránica legalidad con que en la plaza se erige el señorío de la estatua ecuestre [...] La Exposición Rural es la gran fiesta argentina, del palacio que otrora ocupó se hizo el Museo de Bellas Artes, que mientras existió ostentó en el frontispicio los emblemas de la abundancia ganadera y agrícola. Nuestra Bayreuth está allí y allí el hipódromo, la acrópolis de una religión de esperanza sin fe. El alma de Rosas divaga por los bosques y el toro campeón y el crack son los ídolos de ese excelente jinete y administrador de estancias. Sarmiento hizo un parque de su solar y la selva botánica y zoológica completa en la fisonomía los rasgos esenciales del político bárbaro” (Martínez Estrada: 273)

Martínez Estrada menciona dos instituciones clave que también sientan sus reales en el “bárbaro” Palermo: el museo y el hipódromo. La primera de ellas, indudablemente, está en armonía con el proyecto educativo de Sarmiento, mientras que la segunda, muy por el contrario, no sería más que la heredera de Rosas, quien había sido un jinete eximio. Su condición de estanciero, de hombre de campo, sigue vigente asimismo en la Sociedad Rural, en sus competencias de toros, en su exhibicionismo ganadero y ecuestre. Rosas sigue vagando por los

bosques palermitanos como un espectro que se niega a morir y el hipódromo es el templo de una nueva y a la vez atávica religión de inspiración campestre. La misma flora y fauna exhibidas en el Botánico y en el Zoológico no son más que especímenes de una naturaleza salvaje que la ciudad contempla con estupor.

Ezequiel Martínez Estrada nos asegura, un tanto irónicamente, que el Palermo de 1933 aún no ha sido exorcizado y que la “legalidad” de la “pedagogía de las estatuas”, la misma que impulsara Ricardo Rojas, es tan “tiránica” como absurda⁶. Las estatuas, bronceas y ecuestres, de los próceres, no dejan de ser violentas, ya que se adueñan por la fuerza de un espacio que no les pertenece en absoluto, y porque pretenden adoctrinar en el desierto. Para Martínez Estrada las plazas y parques siguen siendo, en el fondo, ese mismo desierto pampeano que un contradictorio Sarmiento admirara y apostrofara en su *Facundo*.

Si esto era así en 1933, qué más podía esperarse del Palermo finisecular de Borges y de Carriego. Por aquel entonces, el modesto y remoto parque seguía siendo el lugar de peregrinación de las carrozas elegantes que venían desde el centro. No importaba que las calles palermitanas no estuviesen preparadas para recibir a tan augustos visitantes: “Sólo unas calles -Serrano, Canning, Coronel- estaban ariscamente empedradas, con intervención de trotadoras lisas para las chatas imponentes como un desfile y para las rumbosas victorias” (Borges: 21).

Las dificultades de acceso no eran para desdeñar: al Palermo suburbano sólo podían llegar quienes eran capaces de poseer o de alquilar un coche. El

⁶ Ricardo Rojas es, junto a Manuel Gálvez y a Leopoldo Lugones, uno de los autores más renombrados de la Generación del Centenario. Su idea de una “pedagogía de las estatuas”, esto es, de una argentinización de los inmigrantes y de sus hijos por vía de los monumentos y museos públicos, así como por una educación primaria patriótica, es desarrollada en su libro *La restauración nacionalista*, de 1909.

mismo Lucio Vicente López describe este hábito de la burguesía porteña. En una de las escenas de *La gran aldea*, el joven protagonista concurre a uno de estos desfiles de carrozas junto a su amigo, el maduro y opulento Don Benito. Ambos persiguen a dos bellas señoras, madre e hija, y con ellas departen, de carroza a carroza, y en la profundidad del parque. La escena es frívola en grado sumo, ya que se produce inmediatamente después de que ambos personajes asistiesen al entierro de la tía del protagonista.

Esta presencia de la clase alta contrasta manifiestamente con el suburbio que, a poca distancia del parque, se fue formando en las últimas décadas del siglo XIX. A los fines de nuestro trabajo es precisamente esta “orilla” semi-urbana o semi-rural la que nos interesa. Puede decirse que sobre la base geométrica y abstracta de la cuadrícula colonial extendida, surge en Palermo (como en otros suburbios porteños) otra realidad que entrará en la literatura y que Borges y otros autores cantarán e idealizarán.

Ya hemos hecho referencia a los símbolos visuales y poéticos que se convertirán en lugares comunes de la cultura popular porteña, más allá de su mera existencia de objetos cotidianos. Veamos entonces cómo describe Borges a Palermo, un Palermo precario y elegíaco que, en 1930, hacía tiempo que había dejado de existir pero que en la pluma borgeana resucita mágicamente:

“Más allá del ferrocarril del Oeste, que iba por Centroamérica, haraganeaba entre banderas de rematadores el barrio, no sólo sobre el campo elemental, sino sobre el despedazado cuerpo de quintas, loteadas brutalmente para ser luego pisoteadas por almacenes, carbonerías, traspacios, conventillos,

barberías y corralones [...] Palermo era una despreocupada pobreza. La higuera oscurecía sobre el tapial, los balconcitos de modesto destino daban a días iguales; la perdida corneta del manisero exploraba el anochecer. Sobre la humildad de las casas no era raro algún jarrón de mampostería, coronado áridamente de tunas [...] Había felicidades también: el arriate del patio, el andar entonado del compadre, la balaustrada con espacios de cielo” (Borges, 20-21).

Dos rasgos principales, realizados por Borges, distinguen al Palermo finisecular: su provisionalidad y su pobreza. Ambos son elevados a la categoría de virtudes y como tales son tratados. En el primer caso, podemos decir que, allende las vías del ferrocarril del Oeste, se vislumbra el barrio que aún no ha llegado. Es el territorio informe de las quintas y de los campos loteados gradualmente, es la pampa aún no urbanizada que el rematador fracciona y vende entre las modestas familias criollas y gringas⁷.

Borges anticipa lo que sucederá, la violenta metamorfosis que sufrirán esos páramos, los cuales, inexorablemente, engendrarán almacenes, carbonerías, conventillos, barberías, traspatios y corralones. Este es el Palermo que se esboza entre los pastizales y los alambres que delimitan los lotes. El otro Palermo, el que ya existe, no se diferencia demasiado del que vendrá: como aquel otro, está signado por un “modesto destino”.

⁷ El término “criollo”, en América Latina, detenta una considerable ambigüedad. Originalmente, el criollo era el hijo de padres europeos nacido en suelo americano, esto es, una persona de raza blanca, sin mestizaje alguno. Andando el tiempo, el criollo fue también el mestizo y lo “criollo” pasó a ser lo peculiarmente americano, en oposición a lo extranjero o “gringo”, esto es, lo europeo o norteamericano. En el caso argentino, la oposición “criollos-gringos” fue la expresión directa de un naciente conflicto entre los “viejos” argentinos, de raigambre hispana y mestiza, por un lado, y los extranjeros y sus hijos, los “nuevos” argentinos, por el otro.

Sin embargo, esta pobreza no es penosa sino apenas “despreocupada”. Una serie de rutinarios y repetitivos elementos la componen. Los mismos forman parte de un mundo en principio prosaico y hasta vulgar que Borges consigue transmutar exitosamente: los “balconcitos”, la corneta del manisero que “explora” el anochecer, los groseros jarrones con tunas, el arriate del patio, la presencia sugerente del compadre (matón heroico que el tango cantará luego), y el cielo barrial asomándose a través de las balaustradas. Todas estas pequeñas cosas adquieren, en el texto borgeano, un sentido trascendente, el mismo que, durante su corta vida, le habían principiado a insuflar los también modestos versos de Carriego.

Borges describe minuciosamente la geografía de Palermo en cada uno de sus puntos cardinales. Pero no se trata de una geografía objetiva, científica, sino brumosa, imprecisa, en la que los paisajes parecen irreales, como los contornos de un sueño. Así, en el confín este, en dirección al suburbio de Balvanera, los caserones son todos iguales y se repiten simétricamente como espejos, “en recta sucesión de patios”, los atardeceres pueblan de sillas fraternales las veredas y los relatos de los compadres, aquellos que forman parte de una “perdularia Odisea”, la del “eterno criollo acosado por la justicia”, andan de boca en boca entre los congregados vecinos (Borges: 22).

Al oeste, en tanto, se derrama la “miseria gringa” de la “orilla” (advíertase una vez más la metáfora romántica, tomada por Sarmiento, de la pampa como un mar), el borde o frontera del campo: “Hacia el poniente quedaba la miseria gringa

de la orilla, su desnudez. El término las orillas cuadra con sobrenatural precisión a esas puntas ralas en que la tierra asume lo indeterminado del mar” (Borges: 23).

El occidente de Palermo era la pampa decimonónica, apenas tocada por la civilización, con sus galpones ferroviarios, sus casitas miserables y sus callejones polvorientos desparramados cual mojones en la vasta soledad, débiles fortines acosados por la barbarie:

“Hacia el poniente había callejones de polvo que iban empobreciéndose tarde afuera; había lugares en que el galpón del ferrocarril o un hueco de pitas o una brisa casi confidencial inauguraba malamente la pampa. O si no, una de esas casas petizas sin revocar, de ventana baja, de reja -a veces con una amarilla estera atrás, con figuras- que la soledad de Buenos Aires parece criar, sin participación humana visible” (Borges: 23).

Pero esta hostilidad rural, tristemente inhumana, contenía también un paraíso, una felicidad en cierne, que nada tenía que ver con la desolación de las orillas suburbanas. Al trasponer el arroyo Maldonado, que oficiaba de frontera (desmesurada en el momento de la inundación, mezquina el resto del año), la pampa se identificaba con el cielo:

“Después: el Maldonado, reseco y amarillo zanjón, estirándose sin destino desde la Chacarita y que por un milagro espantoso pasaba de la muerte de sed a las disparatadas extensiones de agua violenta, que arreaban con el rancherío moribundo de las orillas. Hará unos cincuenta años, después de ese irregular zanjón o muerte, empezaba el cielo: un cielo de relinchos y crines y pasto dulce, un cielo caballar” (Borges: 23).

Borges escribe estos renglones hacia 1930 y al hacerlo se refiere a un pasado remoto y perdido para siempre. Por ello, la comparación con el presente no puede faltar. El arroyo Maldonado está siendo entubado, la ciudad moderna lo cubrirá por completo, y sólo la memoria poética lo conservará, como un símbolo:

“Lo están encarcelando ahora: ese casi infinito flanco de soledad que se acavernaba hace poco, a la vuelta de la truquera confitería de *La Paloma*, será reemplazado por una calle tilinga, de tejas anglizantes. Del Maldonado no quedará sino nuestro recuerdo, alto y solo, y el mejor sainete argentino y los dos tangos que se llaman así” (Borges: 24).

Una calle cursi, “tilinga”, tomará el lugar de un arroyo que es mucho más que un arroyo, que es la frontera dichosa y terrible entre la ciudad y el campo, un “zanjón” o “muerte” y la grave inspiración de poetas y músicos. Borges es uno de los artistas que procurarán rescatar, no sólo al Maldonado, sino a todos los rincones suburbanos de su inminente destrucción. La ciudad avanza y se moderniza a pasos acelerados: el proceso es irreversible y el viejo barrio, producto de la misma modernización, será paradójicamente barrido por ésta.

Mas esta pampa, cuyo portal de acceso o turbia frontera era el arroyo Maldonado, era asimismo una fuerza hostil que solía abatirse sobre el suburbio desguarnecido:

“Del lado del arroyo zarpaban las tormentas altas de tierra que toldaban el día, y el malón de aire del pampero que golpeaba todas las puertas que miraban al sur y dejaban en el zaguán una flor de cardo, y la arrasadora nube de langostas

que trataba de espantar a gritos la gente, y la soledad y la lluvia. A polvo tenía gusto esa orilla” (Borges: 25).

Frente a la naturaleza bravia y desmesurada el suburbio se hallaba en una situación de virtual desprotección, ya que carecía de la consistencia de la ciudad. En las orillas no había asfalto ni rascacielos ni parques educativos ni muralla alguna que pudiese contener la fuerza irracional de los elementos desatados. Ni las langostas, ni los ventarrones ni las lluvias ni las polvaredas podían ser conjuradas: frente a ellas, el hombre se revelaba impotente.

Con tres años de diferencia respecto de Borges, Martínez Estrada consideraba que la pampa seguía gobernando, en 1933, a Buenos Aires, pese a sus dos millones de habitantes y a la avanzada urbanización: “Por todas partes la ciudad está invadida por la pampa; las estancias vendidas y los campos bien arrendados se transforman en edificios. Al final de las calles se encuentra otra vez el cielo” (Martínez Estrada: 240).

Es que Buenos Aires, insiste Martínez Estrada, ha sido concebida por el mismo llano, no es más que una pampa urbana. “Ciudad amplia y chata; pampa. Pampa de casas bajas, de población extendida” (Martínez Estrada: 240). En la década de 1930 los grandes edificios seguían escaseando y si bien Buenos Aires había ganado en altura, las viviendas de un solo piso eran las que predominaban, dando la nota del paisaje porteño. Como ya hemos señalado, la misma cuadrícula pareciera reforzar esta tendencia fatal, este sino geométrico:

“El trazado de las calles y el plano de las casas, gótico y vandálico a través de España, son formas de eludir los problemas de la perspectiva y de la línea

quebrada [...] La forma de tablero es correlativa de la llanura y del hombre sin complicaciones espirituales [...] El trazado gótico de las calles, las manzanas como losas, se dirían las figuras geométrico-edilicias del tedio [...] Son calles para ver a lo lejos, hasta el horizonte, para otear peligros; no para ver frentes, arquitectura, rostros. La calle Rivadavia, larga como un telescopio. Por esas infinitas calles rectas, por esas canaletas el campo desemboca en las ciudades, las ciudades en Buenos Aires, hasta que todas se vierten en el Atlántico, siguiendo el movimiento de los ríos y los rieles” (Martínez Estrada 231-232).

¿Cómo hacer entonces para superar esta condena, heredada de España, cómo ir más allá de la fría línea recta? Ya hemos visto cómo para Borges ésta no constituía un obstáculo, sino todo lo contrario. El barrio es prisionero de la manzana pero dentro de la misma todo es posible. Así lo entendió no sólo Borges sino toda la pléyade de escritores y artistas populares que floreció durante las décadas de 1920 y de 1930. Son estos los años en que el tango, de la mano de Carlos Gardel, se convirtió en un producto comercial de masas y en que, el fútbol, íntimamente ligado a los clubes de barrio y a las pasiones populares, se profesionalizó.

Son también los años de las escuelas literarias de Boedo y de Florida. La primera se identificó con la calle y con el suburbio del mismo nombre, mientras que la segunda con la calle céntrica y tradicional que ya hemos mencionado. Martínez Estrada toma decidido partido por Boedo. Al hacerlo, cree haber hallado la solución del problema:

“Iguales a Boedo hay muchas avenidas, como iguales al barrio en que está hay otros. Tienen de análogo ese aire de frontera que se nota en las personas y en las casas, en los árboles y en la velocidad de los automóviles [...] Lo antiguo y lo nacional aparecen en esos parajes nuevos, en que está latente otra vez el espíritu agresivo del interior contra la metrópoli, reanudando los viejos litigios no resueltos aún. Florida no resistirá con los años el avance de esas legiones que se incuban en los barrios-fronteras; quedará en pie, reluciendo en focos y letreros, pero más falsa que esto que se apresta a recuperar una ciudad perdida. En la letra del tango, en la novela infame, en la crítica de cachiporra, en el desprecio por lo universal y por lo bello, se está proveyendo de instrumentos de asalto [...] en el melancólico soñador de extramuros se prelude la revancha del gaucho que perdió su batalla [...]” (Martínez Estrada: 245)

Martínez Estrada abandona su pesimismo fatalista para colocarse en el bando de los escritores populares al que el mismo Borges pertenece, pese a su oficial afiliación al grupo de Florida. De esta manera, la pretensión de Manuel Gálvez, en pleno Centenario, de construir una literatura nacional a partir de las ciudades del Interior, por considerarlas más nobles y poéticas, se satisface. Sólo cambia el escenario: en lugar de las humildes localidades montañosas y provincianas, la literatura argentina (que será al fin una literatura nacional) transitará por las calles rectilíneas del suburbio porteño.

Conclusiones

A lo largo de las páginas de nuestro trabajo hemos procurado poner en evidencia la tensión que históricamente existió entre la ciudad real y la ciudad soñada o vislumbrada. Mientras la primera de ellas puede ser constatada según parámetros objetivos (crecimiento demográfico, índices ocupacionales, segregación espacial y socioeconómica, equipamiento habitacional, estilos arquitectónicos, servicios sanitarios, obras públicas, etc.) la segunda es inasible. Sin embargo, está claro también que la ciudad de la literatura o aquella que planifican (a veces fantásticamente) los urbanistas, se alimenta de la ciudad real, depende íntimamente de ella.

De esta manera, *Argirópolis*, por caso, no es más que una proyección utópica de Washington y de los Estados Unidos, de Buenos Aires y de la Argentina entera, y sería impensable fuera del enfrentamiento endémico entre porteños y provincianos. Siendo éste, en apariencia, el más fantasioso e irreal de los textos que hemos visto, termina siendo, en el fondo, el más realista, puesto que se basa en cuestiones muy concretas: el control de los ríos de la cuenca del Plata, la resolución urgente de los conflictos entre la Confederación Argentina, el Uruguay, el Paraguay y las potencias europeas y, por sobre todas las cosas, la candente cuestión capital.

Siguiendo con esta línea, una obra como la de Lucio Vicente López, anclada en la crítica acerba del presente materialista de Buenos Aires y en la reivindicación nostálgica del pasado aldeano, también constituye una toma de posición bien definida respecto al proyecto modernizador del '80. La misma

lógica anima el pensamiento de Manuel Gálvez, quien además ostenta la particularidad de reclamar una literatura urbana y nacional genuina.

Este reclamo se satisface en Jorge Luis Borges y en Ezequiel Martínez Estrada, quienes viven y escriben en una ciudad que ha sido edificada, en su casi totalidad, en apenas unas décadas, que apenas si es más antigua que ellos mismos. Sin embargo, ambos consiguen valorizar por vez primera y poetizar un paisaje urbano que es puro presente, un presente sometido a un incesante cambio. El mismo suburbio es una realidad en vías de extinción, un producto efímero del vertiginoso progreso, que pronto será suplantado por el barrio chato y prosaico, con sus calles “tilingas”.

Esta ausencia de estética que Manuel Gálvez denunciaba y la pérdida del pasado criollo no constituyen obstáculos para los autores de la vanguardia de los años '20 y '30, como Borges y Martínez Estrada. Allí donde fuere menester, una estética de la fealdad y de la pobreza suburbanas será entronizada, y en cuanto al pasado épico que todo pueblo necesita (y más aún si se trata de un pueblo joven, como el argentino y el porteño), será lisa y llanamente inventado. En la realidad y en la literatura.

Bibliografía

- BORGES, Jorge Luis, *Evaristo Carriego*, 1998 (1930), Alianza Editorial, Madrid.
- CLEMENCEAU, Georges, *La Argentina del Centenario*, 1999, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- FERRARI, Gustavo, 1968, “Una utopía realista”, en SARMIENTO, Domingo Faustino, 1968 (1850), *Argirópolis o la capital de los estados confederados del Río de la Plata*, EUDEBA, Buenos Aires.
- GALVEZ, Manuel, 2001 (1910), *El diario de Gabriel Quiroga*, Taurus, Buenos Aires.

GORELİK, Adrián, 1997, *La grilla y el parque*, Universidad de Quilmes, Bernal.

GUTMAN, Margarita (compiladora), 1999, *Buenos Aires 1910: Memorias del Porvenir*, Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires e Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, IIED - América Latina, Buenos Aires.

GUTMAN, Margarita, 2005, "1910: Nación, ciudad y futuro. Expectativas y aspiraciones en una selección de imágenes visuales urbanas", en NUN, José, 2005, *Debates de mayo. Nación, cultura y política*, Gedisa Editorial, Buenos Aires,.

LÓPEZ, Lucio Vicente, 1960 (1884), *La gran aldea*, EUDEBA, Buenos Aires.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, 2007 (1933), *Radiografía de la pampa*, Losada, Buenos Aires.

PRIETO, Adolfo, 2006, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires,.

RAMA, Ángel, 2004 (1984), *La ciudad letrada*, Tajarar Editores, Santiago de Chile.

ROJAS, Ricardo, 1971 (1909), *La restauración nacionalista*, Peña Lillo, Buenos Aires.

ROMERO, José Luis, 1976, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires - México.

SARLO, Beatriz, 2007 (1993), *Borges, un escritor en las orillas*, Seix Barral, Buenos Aires.

SARMIENTO, Domingo Faustino, 2008 (1845), *Facundo. Civilización o Barbarie*, Cátedra, Madrid.

SARMIENTO, Domingo Faustino, 1968 (1850), *Argirópolis o la capital de los estados confederados del Río de la Plata*, EUDEBA, Buenos Aires.